

ARANGUREN ECHEVARRÍA, J. (2014) *En honor a la verdad*. Logroño, Universidad Internacional de La Rioja.

El título de esta obra podría parecer una provocación. ¿Todavía alguien piensa que puede hablarse de la noción de verdad? ¿No se trata de un viejo concepto sin encaje en el pensamiento actual? Hablar de verdad se ha convertido en nuestros días en una tarea arriesgada, idealista e, incluso, para demasiados, un acto presuntuoso cercano al totalitarismo y al fanatismo. Por ello, es loable el mérito de Javier Aranguren al decidir empeñarse en tamaña empresa, pues lo fácil no es sinónimo de lo necesario.

Cinco capítulos y un breve anexo articulan un texto dinámico, accesible al público formado, que apela al lector a realizarse preguntas y a tratar de contestarlas con sensatez, una cualidad que adquiere importancia en la producción científica de la postmodernidad. Nos muestra cómo el mito platónico de la caverna permite un análisis de la realidad actual, donde lo efímero de las imágenes proyectadas en la cueva representa tanto la duración del presente como la saciedad del conocimiento postmoderno, un conocimiento tan actualizado como insignificante, como si los dos mil años hubieran pasado en balde. Frente a ello, una nueva forma de mirar hacia dentro, la propia del saber filosófico, concede sentido a la pregunta sobre la verdad. No obstante, la ceguera de la tendencia dominante contemporánea es tal que incluso se ignora su afirmación implícita en algunas corrientes como la conciencia ecologista, la cual implica el reconocimiento de

que hay algo que escapa a la fuerza manipuladora, que existe independientemente del individuo y tiene un sentido por sí mismo, estableciendo un límite a la acción humana.

Del rigor del ensayo de Aranguren es evidencia la comparecencia y consideración de los argumentos que denostan la posibilidad de la verdad. Nietzsche y Heidegger son contraargumentados de diferente manera, y frente a ambos se alega el hecho más grave que cabe deducir de su filosofía, donde «ideas como dignidad, derechos humanos, solidaridad o respeto de la libertad ajena no serán más que palabrería, mera superestructura, como a fin de cuentas sería todo aquello que Occidente ha llamado verdad» (p. 73).

De nuestra necesidad de verdad es también testigo, según Aranguren, la decepción y la repugnancia que nos causa el ser mentidos, pues nos sentimos infantilizados, incapaces de conducir nuestra propia vida e indignos de confianza. Pero incluso aceptar la idea de mentira supone aceptar la de verdad, así como la de un sujeto que toma postura ante una realidad independiente de él. Algo similar ocurre con el error, aunque se diferencia de la mentira en que no tiene necesariamente una carga moral tan importante debido a su carencia de voluntariedad.

El incoherente y contradictorio escepticismo, los peligrosos y enmascaradores eufemismos que pretenden poner a la realidad a su servicio, la huida patológica del dolor edulcorada con charlatanería, la vacía concepción de la autenticidad, la sofística más preocupada por la apariencia y la imagen seductora o la preponderancia de lo

políticamente correcto que ahoga la posibilidad de un diálogo serio envuelta en un halo de *buenismo* son asuntos que no se esquivan en un libro incapaz de dejar indiferente a todo lector dispuesto a realizar la lectura receptiva y atenta que el texto reclama.

Con respecto a la sabiduría práctica, plantea Aranguren que hoy se interpreta como técnica de quien produce aparatos que nos hacen la vida más fácil. Ahora bien, la tecnología es valorable en la medida en que permita el cultivo de las virtudes humanas, pues de nada sirve un buen medio de transmisión si no tenemos algo que merezca la pena comunicar. En consecuencia, la formación universitaria no puede limitarse a promover el estricto cumplimiento de un programa académico, sino que debe dejar espacio para las preguntas éticas fundamentales y la lectura de los grandes libros. Esto es así porque la verdad práctica incluye la inevitable y necesaria cuestión humana sobre el quehacer de nosotros mismos, lo cual requiere previamente un conocimiento del propio ser, y posteriormente, su realización práctica.

Según nuestro autor, la posición humana debe situarse en medio de la certeza y la duda, esquivando así el escepticismo y el absolutismo, pues ambos son paralizantes, optando por actuar con prudencia en la aplicación particular de los principios éticos universales. La duda posibilita el aprendizaje, el avance del conocimiento y el descubrimiento de la verdad, pero es

valorable en cuanto que medio para estos fines y no como estado permanente deseable en sí mismo.

Por su parte, la opinión se diferencia ontológicamente de la verdad y la certeza, pues no se relaciona con la sustancia de las cosas, sino con aspectos de carácter accidental. En consecuencia, hace posible el diálogo en el cual tienen cabida diversas posturas que no deben ser silenciadas, en la medida en que no se oponen a la dignidad humana. Sin embargo, no todo puede concebirse como circunstancial y opinable, pues caeríamos en un relativismo cultural que imposibilitaría considerar a algunos comportamientos como inhumanos. El pensamiento filosófico nos ayuda a distinguir ambos aspectos, lo opinable de lo verdadero, a esquivar el fundamentalismo y el relativismo, a identificar «los límites que, una vez traspasados, nos alejan de la condición humana» (p. 190). Nos descubre que el mal es más limitado en variedad que el bien, donde encontramos múltiples formas de amor. En definitiva, permite distinguir las sombras de la realidad de las cosas.

He aquí un libro sobre la gran filosofía, no aquella que únicamente incumbe y preocupa a eruditos encerrados en sus torres de marfil y alejados de los asuntos cotidianos. Muy al contrario, la propuesta del autor resulta esencialmente humana, pues afecta a nuestra manera de pensar, nuestra manera de dialogar y nuestra manera de vivir, y muy especialmente al vivir universitario.

Juan Luis Fuentes